

los Aqueos. Minnie vuelve á montar sobre su quimera que galopa á rienda suelta.

Ante el desmelenado diablillo de mejillas carmesíes y manos negras, que Melania conduce á sus habitaciones para peinarlo y asearlo, madrina no puede evitar un gesto y una mueca de desagrado; una vez más, recuerda las tranquilas diversiones de su infancia; las camisas de muñeca pacientemente repulgadas con diminutos puntos iguales, los collares de perlas cuidadosamente engarzadas y las plácidas lecturas de Mr. Berquin. Pero ¡paciencia! Ya Minnie está de vuelta. ¿Quién la reconocería? Minnie gusta de tiznarse, pero luego quiere que la laven. Sus manos y su cara fueron limpiadas con jabón (el jabón dañaba el cutis en tiempos de madrina). Sus cabellos han sido peinados. Han cambiado su vestido y le han puesto un cuello blanquísimo. En su rostro no queda la menor traza de exaltación. Es hora de comer. Minnie se sienta ante la mesa muy erguida sobre su silla, come muy correctamente y conversa como una persona mayor. Sus palabras, de ordinario absurdas ó de una pueril jactancia, demuestran en ocasiones como la actual un sentido positivo tan preciso y una observación tan pura de la realidad, que madrina queda estupefacta y casi aterrada.

Ni sus gustos, ni sus admiraciones, ni sus ingenuidades son las mismas de antaño. Madrina está por juzgarla un prodigio. Pero en seguida recuerda que Luis-Felipe era rey de los franceses cuando ella era una niña como Minnie... Y recuerda la redecilla que envolvía su prieto cabello, recuerda sus faldas á guisa de pantalla, y el pantalón blanco que dejaba atrás el vestido... Y por tales recuerdos se sonríe melancólicamente á sí misma. ¡Cuán lejos está todo eso! Cambiaron el siglo y las costumbres. Minnie es una demócrata del veinte... Pero con ojos codiciosos la niña tiende su plato. Vaya, en lo único que se parecen casi todos los niños es en el amor á la crema de chocolate... A veces, al atardecer de un día ocupado por los juegos, Minnie se siente un poco fatigada, y va á sentarse al lado de madrina quien la confía alguna laborcilla. Y una y otra, tirando de la aguja, entran en conversación. Las impresiones de Minnie durante el paseo, los monumentos, las personas encontradas al paso, los diversos acontecimientos del día, son por lo general temas de sus diálogos. Algunas comparaciones con las personas y las cosas de Burdeos, realzan su interés. De vez en cuando se habla de papá y de mamá y del viaje á Constantinopla. Al principio, madrina temía herir imprudentemente la suscep-

tibilidad de Minnie y procuraba no aludir á los ausentes. Pero, no sin mostrarse vagamente escandalizada, halló á su pensionista muy filosófica sobre este punto. Claro que á Minnie le agradaría presentar á Bobby á mamá, y acompañar á papá al Jardín de Acclimatación. Y aun á veces, poniendo una cara muy triste y con exagerado acento de emoción exclama: «¿Cuando volveré á ver á mis papás?» Pero en el fondo no la angustia gran cosa la separación. Minnie no es muy sentimental. Vive demasiado en el minuto presente y espera demasiado en el que le seguirá, para darse á tristes añoranzas. ¿No está el día de hoy lleno de interés? ¿No le pertenece todo el futuro para compensar los días de alejamiento? Madrina recuerda las lágrimas que ella vertía todas las noches, durante los quince días en que estuvo ausente su tía Eugenia, que cuidaba de dirigirla en su infancia; y se pregunta un tanto inquieta. «¿No amará Minnie á sus padres?» Más pronto aleja de sí tal suposición. No, Minnie ama á su padre y á su madre con toda su alma. Cada vez que recibe carta suya la agita un alegrón extraordinario. Y forma cien proyectos para el día en que irá á juntárseles. Pero, eso sí, desconoce enteramente las penas estériles y vanas lamentaciones. Tiene su manera de querer. ¿Cuál es la mejor?

A veces Minnie dice á madrina: «Cuénteme una historia».

Hace mucho tiempo que madrina no ha contado ninguna historia; al principio se sintió algo apurada. No obstante, ha hecho un alarde de memoria y poco á poco ha ido recordando los cuentos de hadas que tanto le encantaran en su infancia... Minnie los ha escuchado con gran atención, introduciendo alguna que otra observación personal. Las fechorías de los ogros y los gigantes la indignan, aplaude las jugarretas que les hacen las hadas y las justas represalias de los genios buenos. De pronto, ciertos detalles le parecen anticuados. Por ejemplo: siempre se trata de magníficos carruajes tirados por cuatro caballos, con cocheros de empolvadas pelucas y lacayos etc... ¡Dios mío! ¿No sería mucho mejor un automóvil? Un globo dirigible reemplazaría con ventaja á un gran carro aéreo. Y entre los prodigios que operan las varitas mágicas, los hay que no ofrecen nada extraordinario. Además, otra cosa contraría á Minnie, privándola de entregarse por completo á la emoción del relato, á saber, que cuando madrina ha terminado su historia, y la niña no deja nunca de preguntar: «¿Pero todo esto no es cierto, verdad madrina?», madrina, naturalmente, asiente. Entonces Minnie se siente dé veras contrariada.

Bien sabe Minnie ¡que caramba! que no existen bestias parlantes, ni la tierra de Pipiripao, ni hechiceras. Pero la contraría recibir una confirmación indiscutible y absoluta de lo que ya suponía. Se averguenza de haberse interesado, de haber, quizás, vertido una lágrima por una historia que *no puede haber sucedido*. Minnie gusta de la ficción, pero es necesario que ésta tenga su atractivo, su punto de partida en la realidad. Es evidente que no puede ser verosímil que una niña como Minnie lograra vencer á Julio César ó salvar á Juana de Arco. Pero, en fin, en rigor, admitiendo ciertas circunstancias, hasta podría concebirse. No sería contrario á las leyes de la naturaleza... En cambio, es completamente imposible que el lobo haya podido hablar con la Caperucita roja...

Hé aquí porque Minnie prefiere otras relaciones á los cuentos de hadas. Sobre todo las que se refieren á la infancia de madrina suscitan en ella una curiosidad ferviente y apasionada. Se pasaría horas enteras ovillada á los pies de madrina escuchándola con la boca abierta. ¡Quien dijera que esa anciana, esa madrina hoy tan vieja, fué una niña de veras como Minnie! Iba á los Campos Elíseos que ya existían. Tenía muñecas y animales predilectos. Los señores y

las damas de los retratos eran también seres vivientes. Y madrina tenía una vieja madrina, la cual tuvo otra. Minnie entrevé el encadenamiento infinito de los hombres y la sucesión de las generaciones y se siente vagamente solidaria de todas aquellas ramas. Y con profunda y deliciosa emoción queda pendiente de los labios de madrina y revive con ella los numerosos episodios casi olvidados, cuyas peripecias no son muy extraordinarias, pero sí reales y subyugan á Minnie con el profundo hechizo de la historia...

Un día la niña dijo á madrina:

—Madrina, usted tuvo una hija. ¿Quiere usted contarme algo de ella?

Al primer momento, instintivamente, madrina estuvo á pique de negar ó á lo menos de eludir la indiscreta petición. Luego, en un rincón de su memoria, vió surgir la cara marcial y mostachuda del hermoso gato de angora gris, que tan tiernamente amara y al que tanto lloró Clara-Angélica. Y le explicó la historia del ratón. Y otras muchas. Casi cada tarde Minnie repetía la cariñosa súplica: «¡Madrina, cuénteme usted algo más de Clara-Angélica!» Madrina no pudo negarse á ello, y he aquí que, poco á poco, entre la anciana y su pequeña huésped, revivió toda la infancia de Clara; sus alegrías, sus

cuitas, sus enfermedades; sus juegos y muchos detalles que la misma madrina casi tenía olvidados y que iban surgiendo de la penumbra...

Con el mayor poder de atención de que es capaz Minnie, la escuchaba ávidamente... Hízose referir todos los gustos de Clara-Angélica; quiso saber de qué color eran sus ojos y sus cabellos y como vestía. Para satisfacerla, los nudosos dedos de madrina sacaron una miniatura del fondo de un vetusto mueble. Minnie se la pidió otras muchas veces. Ahora ya conoce á Clara-Angélica; la vé, y á veces exclama, con fervor: «Oh, ¡qué buenas amigas hubiéramos sido Clara-Angélica y yo!» Pues ha de constar que Clara-Angélica, que hoy habría pasado de los cuarenta, á juicio de Minnie, sería su contemporánea. Los años desaparecen y no se toman en cuenta. Clara-Angélica ya no es la figura dolorosa y lejana cuyo lacerante recuerdo remueve sin cesar una llaga, jamás cicatrizada, y cuyos rasgos, por efecto del tiempo transecurrido, se confunden, se atenuan, se hunden poco á poco bajo la marea lenta é inexorable del olvido. La vida que Minnie infunde á su alrededor es tan intensa que á su contacto se ha operado un milagro: diríase que la desaparecida se ha aproximado, parece menos muerta. Cla-

ra-Angélica ya no es una visión en el más allá, una figura encerrada por un marco, un nombre sobre una tumba. Es una compañera de Minnie, una amiga, una hermanita lejana. Ayer su helado recuerdo no se asociaba más que á las tristes ideas de sepulcro, de renunciación y de sacrificio. Hoy, madrina la vé renacida, como en el tiempo en que ningún fúnebre velo ensombrecía sus rosadas mejillas. Por sus espontáneas alegrías y por el franco y leal corazón que latía dentro de su pecho, se parecía un poco á Minnie, pero era de una hermosura más frágil, de gracias más delicadas, de vida menos exuberante... Los ojos de madrina se inundan de lágrimas, de muy dulces lágrimas que casi son de dicha. ¡Qué homenaje, qué corona, qué sentimiento, qué ceremonia conmemorativa puede darse más emocionante y más digna de la virginal y encantadora criatura que fué Clara-Angélica, que el hecho de que su imagen aproxime á la anciana asomada al borde de la tumba, y á Minnie que penetra en la vida, y confunda sus dos corazones en el recuerdo de la linda muerta?... Una tarde, durante una pausa de madrina, Minnie dijo con penetrante tono, después de reflexionar un instante: «Madrina, es raro que seamos tan buenas amigas, siendo usted tan anciana; creo

que debe de ser porque las dos queremos tanto á Clara-Angélica, verdad?» Madrina no respondió en seguida, porque un nudo le apretaba la garganta. Pero con voz ya serena, continuó sin tardanza el relato de la primera comunión de Clara-Angélica. Y Minnie, emocionada y devota, participó de la ceremonia.

Alguna que otra tarde, cuando madrina se siente muy fatigada ó su tos crónica la impide hablar demasiado, dice á Minnie: «Hoy te toca á tí. Explicame una historia.» Minnie reflexiona por un momento, hace unos dengues y con voz afectada y grave, empieza. La heroína es siempre una niña que se le parece. Al principio en sus aventuras no se nota nada extraordinario. Tienen analogías con los hechos del día ó de la vigilia. Algunas constituyen, á veces, una crítica indirecta de observaciones injustas que pudieron ser dirigidas á Minnie y ésta se complace en ver el efecto que producen... Pero luego la relación se complica. He aquí que los padres de Lucía y de Carolina se arruinan. Y Carolina ó Lucía parten hacia los países cálidos. ¿Hacia cuáles? No se sabe á punto fijo. Se parecen un poco estas tierras al país soleado que cegó los ojos de Minnie, y no sé á qué comarcas misteriosas, fecundas en prodigios y espantosas

aventuras. Vense en ellos negros que visten telas pintarrajeadas, indios, piratas, serpientes, cocodrilos, monstruosas frutas y flores envenenadas. Lucía, en tales parajes, corre peligros inauditos, de los cuales logran salvarla milagrosamente sus mañas. Defiende á sus padres contra los antropófagos, aprisiona á los más terribles bandidos, y hasta mata á un león. Al oír tan exagerados prodigios madrina no puede evitar una mueca de escepticismo. Entonces Minnie se indigna, multiplica los detalles, prestando á su relato un aire de veracidad ofendida... Madrina dice en tono de concesión: «Muy bien como cuento...» Minnie casi llega á enfadarse. Todo lo que explica de Lucía se lo ha contado ella; sabe positivamente que es cierto... Madrina entonces se escandaliza un poco y dice en amable tono de burla: «Veamos, Minnie, no puede decir eso más que en broma...» Minnie, viéndola reír no tiene más remedio que reírse también. Pero desde aquel momento su historia ya no la divierte, y la termina de cualquier manera. Hay que tener en cuenta que, cuando Minnie explica, no inventa, sino que pretende crear la realidad. No son ficciones, son seres vivientes los que proyecta fuera de sí misma; son, para ella, cosa palpable, cosa visible y casi se irrita

de buena fe cuando no quieren creer en su existencia, pues Minnie llega hasta el extremo de amarles ó de odiarles... Así fué como los primeros hombres crearon sus dioses y fueron tan cándidos ante su propia mentira que acabaron por ser sus esclavos. Pero Minnie jamás será esclava de nada ni de nadie.

Algunas tardes de lluvia se hacen interminables. Temerosa de resfriados, madrina prohíbe que se salga cuando las calles están mojadas. Después de largas horas de enojarse consigo misma en el departamento cerrado, Minnie se aburre. Las diversiones conocidas se agotaron, la señorita Noemi tiene poca imaginación para inventar nuevos pasatiempos. Ningún libro de estampas logra ya hacerse interesante y, por otra parte, Minnie está segura de que si leyese demasiado la agobiaría el dolor de cabeza. Bobby es decididamente estúpido. Es demasiado pronto para pedir una historia á madrina. Entonces Minnie se acurruca en el fondo de un sillón, en postura no muy decorosa, y cuando madrina, extrañando el silencio que reina en la casa, va á ver lo que ocurre y le pregunta por qué se hace la malhumorada, Minnie responde en tono áspero, con más franqueza que cortesía: «Es que me aburro.»

Por encima de sus anteojos, que con-

serva montados sobre la nariz, madrina intenta lanzarle una mirada muy severa. Y en tono mitad sorprendido y mitad acusador, amonesta á Minnie. Las niñas inteligentes y bien educadas no se aburren jamás. Cuando madrina era niña nunca le ocurrió semejante cosa. ¿No? Minnie la dirige una mirada escéptica. Pues ella pensaba todo lo contrario; pensaba que debía de aburrirse constantemente, de una manera terrible, sobre todo en la época en que los viejos señores ariscos y sus compañeras eran seres de carne y hueso, en vez de dormir inofensivos allá en los cuadros...—¿Clara-Angélica tampoco se aburría?—No, al parecer. Clara-Angélica tampoco se aburría en su vida.—¿Pues qué hacía?—En primer lugar, trabajaba mucho más que Minnie; no la cansaba el leer; y tenía algunas amiguitas...

Madrina ha soltado una palabra imprudente. Apenas acaba de pronunciarla, se arrepiente de ello. Pero á Minnie no le pasó inadvertida. ¡Ah! si Minnie tuviese amigos, tampoco se aburriría. En Burdeos tenía muchos y no se hastiaba nunca. ¿Por qué no los trajo aquí? Madrina maldice su ligereza. ¡Pobre Minnie! Lo que dice está muy puesto en razón. Ni la ternura, ni las atenciones, ni toda la buena voluntad de la señorita

Noemi pueden reemplazar á los pequeños camaradas que le faltan. Madrina se siente culpable. Intenta justificarse. A decir verdad no conoce á ningún niño... Pero Minnie responde vivamente:

—Aquí están los Peborde. Estoy segura de que me divertiría mucho con ellos.

¡Los Peborde! El solo hecho de que tal nombre se pronuncie en su casa, ya constituye para madrina un sufrimiento, casi un sacrilegio. Pero el que Minnie pudiese tener á aquellas infelices criaturas por compañeras de sus juegos, es una suposición tan escandalosa que á la anciana le hierva la sangre con sólo imaginarlo. Con acento de decisión que jamás empleara en sus diálogos con Minnie, madrina declara:

—Es inútil que insistas en jugar con esos chiquillos. Tu idea es irrealizable.

Minnie permanece callada cinco minutos. Una decisión tan firme y, sobre todo, el imperioso tono con que fué pronunciada, la han sorprendido, aunque no descorazonado. Tiene la intuición de la diplomacia, de la estrategia. Hay resistencias que no deben atacarse de frente, posiciones que no pueden tomarse á viva fuerza. Es preciso tantear al adversario con hábiles maniobras y poco á poco ganar terreno. Minnie abraza á madrina, le pide tela para un vestido

de muñeca, y se sienta amablemente á su lado, y empieza á coser. A madrina la conmueve tanta docilidad. Al cabo de un momento Minnie formula con indiferencia esta observación:

—Son tres hermanitos ¿sabes? Les he encontrado varias veces en la escalera. El mayor es todavía un arrapiezo. Es algo mayor que yo.

En tales palabras nada hay reprehensible. Minnie no ha insistido. No ha pedido nada. Se ha limitado á manifestar un hecho. Por otra parte, madrina le dice con frecuencia que le place infinito estar siempre al corriente de sus pensamientos. Así que no puede molestarle. Si no sostuviera el diálogo faltaría á su deber. Precisa responderle. Pero se limita á decir: «¡Ah!» con tono que nada tiene de estimulante.

Cuando no hay más remedio, Minnie se contenta con poco. Pero el hielo está roto, y prosigue diciendo:

—La mediana es una niña; sigue un niño, casi un bebé. El mayor se llama Maximiliano.

¡Maximiliano! En los labios de madrina se insinúa un pliegue de ironía despectiva. ¡Maximiliano! ¡sin duda en honor de Robespierre! Pero ¿cómo es posible que Minnie sepa su nombre? ¿Le ha hablado?

¡Oh, no, de ningún modo! puesto que

madrina se lo habría prohibido. Cuando les encuentra por la escalera se limita á hacerles una leve inclinación por no parecer mal educada. Pero una vez la criada gritó: «¡Señorito Maximiliano!». Generalmente suelen llamarle Max. Y su hermana se llama Sofía. Parece un nombre para una señora anciana, ¿verdad?—Ella no me es muy simpática, pero el pequeñín es un ángel. Me parece que se llama Luís. Pero siempre le llaman Lulú. El otro día tenía retortijones.

Madrina contrae los labios. Tales comunicaciones le son muy penosas. El estado de las vísceras de Lulú Peborde le es completamente indiferente. Intenta escamotear el asunto, pero Minnie, singularmente cuando menos fuera de desear, tiene una gran ilación de ideas. Así que prosigue con convicto aire de ingenuidad:

—¿Es lástima, verdad, que no pueda jugar con los niños Peborde?

Otra vez el maldito nombre. Madrina contrae involuntariamente la barba. Minnie comprende que será inútil insistir para obtener una respuesta, pero su espíritu positivo y curioso necesita poner la cosa en claro, por lo cual se interpela á sí misma, á media voz para que madrina pueda oirla perfectamente:

—Por lo menos, si pudiese saber por qué no debo jugar con esos niños, me da-

ría por satisfecha.—Madrina permanece un momento callada. En lo posible debe evitarse ensombrecer prematuramente á las almas nacieses dejándoles entrever ciertos abismos del pecado humano. Por otra parte, no sería prudente hacer comprender exactamente á Minnie todas las abominaciones de la política radical socialista. Acaso se mostraría insuficientemente escandalizada, ó acaso, dialéctica aguda, sometería á discusión el procedimiento por el cual madrina parece hacer solidarios á los niños Peborde de los asuntos de sus padres y sacaría de ello desagradables consecuencias en lo concerniente á su frecuentación. Por lo cual después de un momento de reflexión, madrina imprime á su voz un tono majestuoso, é imitando á todos los gobernantes para quienes resulta incómodo dar exacta cuenta de sus actos, invoca razones de Estado y apela al sentimiento. Minnie no puede jugar con los niños Peborde. Para privárselo, madrina tiene razones graves que sólo las personas mayores pueden comprender. Minnie sabe que madrina no acostumbra á negarle nada. Así que para evitarle disgustos Minnie deberá no insistir, no mentará jamás á los niños Peborde.

Jamás madrina habló con acento tan solemne. Minnie se siente impresionada

por tal declaración, y balbucea á media voz:

—Pero si ellos me saludan en la escalera, yo no he de... no he de...

Y pone lastimoso talante, algo azorado. Madrina se siente llena de remordimiento y de compasión. ¡Pobre criatura! ¡Tan niña, y ya la torturan las diferencias de los hombres! No obstante, es imposible consentir. Madrina emite un principio decisivo:

—Nunca debe olvidarse la cortesía. Naturalmente, si os encontrais por la escalera, debéis saludaros. Pero conviene que no alternes con esos chiquillos.

La cosa mejora. Madrina ha recobrado su amabilidad. Minnie no alternará con los niños Peborde; entendido. Pero si la casualidad les aproxima, no le está prohibido saludarles. Por algo se empieza... El rostro de Minnie se aclara; la niña dobla su labor y propone lo siguiente:

—¿Podría poner á Bobby el delantal de mi muñeca grande? Él sería mi compañero de juegos, puesto que no tengo otro...

Madrina no se siente con valor para negárselo. Bobby pagará las consecuencias de su firmeza, resultando con ello nueva víctima indirecta de las pasiones anticlericales.



CAPITULO IV

TODAS las mañanas á las once menos cuarto, como el tiempo no esté muy malo, Minnie acostumbra á dar un paseo con la señorita Noemi. Ésta es la regla establecida por madrina quien, en todas las cosas ama el orden y la disciplina. A Minnie no le interesa exageradamente, sobre todo, cuando no es su fantasía la que dicta su aplicación. Así que más de una vez pasó inadvertida la hora del paseo. Pero hace algunos días que le ha dado por ser puntual, tan puntual, que hoy ha sido la propia Minnie quien ha preguntado si era ya hora de vestirse. Días atrás se quejó, infinidad de veces, con alguna acrimonia, de la escasa variedad de los itinerarios y de la fealdad de los lugares